

Entre las estrellas y el mar

Leticia Ruvalcaba Amador

Arrastra las piernas, camina a la vera del mar y en cada paso marca la arena fresca de la mañana. Parece llena de incertidumbre, semidesnuda; deambula con la mirada errática.

Las olas musicalizan el ambiente extraordinario que la acompaña.

Desde este punto podríamos pensar en cualquier espectáculo sombrío, resultado de alguna noche violenta.

O suponer que Antonio, uno de tantos jóvenes con los que acostumbra cenar y bailar, estuvo con ella. Que después de un espléndido festín y un derrochador baile, múltiples copas, caminaron a la luz de luna. La embriaguez del momento llenó su cabeza de fogosidad y en un arranque de locura se abalanzó sobre ella.

O quizá, como algunas veces que cenó sola, tomó varias copas y se dirigió, caminando, a su casa por la orilla del mar y en la oscuridad la embistió algún animal salvaje.

O tal vez, esa noche no tuvo invitado, cenó sola, tomó más vino del cotidiano, danzó aislada, envuelta en la música del lugar, arrobada, se dirigió por el reborde del mar, mientras sigilosamente la seguían dos varones insuflados de pasión y lujuria.

O pudo ser que esa noche decidiera cenar en casa, acompañarse de aquel vino guardado para ocasiones especiales. Sola, reconociendo su cambio gestacional y a través de su energía ascendente, alimentada por largos años de vida, de sufrimiento, de amor, llegó a este momento de plenitud.

Con su vestimenta hogareña y elegante sale a entregarse a su esencia vital con la noche, las estrellas y la arena, escenario favorito de mutaciones.

Después de caminar acompasada por las rítmicas olas y envuelta en la brisa, se traslada al centro del mismísimo océano y, luego de tremenda agitación que se balancea entre su interior y la furia externa del líquido virginal, emerge lánguida, zarandeada en el proceso vital del re-nacimiento, arrastra sus piernas, en cada paso deja huellas de su transformación.

Cambiante, su mirada obtusa se eleva, aumentando el ángulo de su visión.

Pudo ser.

Confesión

Zacarías Jiménez

Yo, Mano de Gato, el hombre del pañuelo, maté a Delfina Gutiérrez Méndez en el río Santa Catarina, un 18 de agosto de 1988. A las siete de la mañana la violé y a las siete y media le destrocé el rostro a pedradas, (me acuerdo de la hora porque en ese entonces tomaba mi Melleril cada tres horas).

—No Zaquitas —me decía —será tuya a la buena—. Pero yo debía matarla, si no, ¿cómo iba a justificar esta hermosa historia?

El cadáver no fue encontrado gracias al Diablo, pues un mes más tarde el Huracán Gilberto borró las huellas y yo satisfice uno de mis más grandes anhelos: burlarme de la Ley.

El único testigo de mi obra maestra fue Marcelo Ramírez, pero ya lo mató un pariente suyo para quitarle la casa, por lo cual no hay problema.

Al principio me molestó un vicio burgués y tonto: me remordía la conciencia y acudí a la Clínica Monterrey, con el psiquiatra José Luis Galicia, quien me tranquilizó:

—Señor Jiménez, usted llora como una criatura sólo porque quitó de sufrir a una pobre mujer; Hitler mató a seis millones de personas y no andaba con tanto guato, tómelo con calma —me dijo Galicia, muy molesto.

Luego me impuso una terapia muy peculiar: me encargó escribir poemas, obras de teatro, crónicas, ensayos, cuento, novela y, al final, me sugirió que fuera reportero, "para que conozca todas las formas de escritura y de crimen".

Soy un hombre de bajo coeficiente mental y no pude dominar ninguna de las actividades como yo quería, a pesar de que fui asesorado por lo más selecto de los talleristas, y en una ocasión me regañó el susodicho: "no sea tonto, usted es un criminal y nada más".

Sin embargo, en casi al finalizar 1988 empecé a colaborar en El Volantín, suplemento de un periódico local, y ahí confesé la historia de un hombre que a los doce años mató a una niña, y ese hecho lo marcó de por vida, desde entonces se convirtió en el unicornio, al que sólo puede vencer la inocencia.

Ese fue mi primer cuento, según mis amigos, pero yo sé que era mi primera confesión.

Más tarde, Romualdo G. me recomendó con su mejor amigo, Arredondo, y empecé a colaborar en una revista musical. Algunas gentes me han felicitado por mis temas y eso me da ánimos para seguir adelante en mi gran carrera de criminal al que se le perdonan todos sus desmanes. Sólo una persona me castigó en la vida: Gilberto Anaya, quien en compañía de un tipo apodado Calambres, me golpeó el 18 de febrero de 1992, en la Colonia Independencia.

No diré el motivo del conflicto, sólo sé que pronto publicaré otra historia de crimen, la Policía no lee Culturales, porque no estamos en Manchuria y eso me favorece. Por ejemplo, un director del Hospital de la Sección 50 violó a una muertita, también en 1988, y nada pasó; tampoco cuando enterraron a una enfermera en el jardín, entonces ¿cuál es el problema?

Pero en fin, de ustedes depende creer o no; ahorita vengo a contarles otra historia; voy a la cantina a chupar, el maldito vicio burgués ha vuelto.

Poemas

Rocío Ríos

EN TUS OJOS

consuelo mis lamentos

Estoy en el vitral donde

me observas contraída

bajo la luna en forma de espejo

mi costilla liada a la cama

tras otra pared que estoy conociendo

esta vez no pregunto

Me ofreces tu ternura

en una infusión

tus brazos como paliativo

tu boca de sanguijuela

un vaso con agua y

pastillas de menta

Tus dedos me cubren los pies

con el mismo edredón

que abriga tus secretos

EN TUS BRAZOS

enredo mis lamentos

liberas el dolor de ave

que anida en mi ombligo y

me roza las piernas

sus alas frotan mi vientre

que escurre y se oscurece

sobre algodón perfumado

En cuatro días me río

y me lloro

por tu piel escoriada

o mi lengua de cobre

por lo que una vez fui

Me narras el mito de

la diosa que se pinchó

todo el cuerpo

Y en las grietas de

mis muslos me palpas

la fiebre y el tormento

que ovula en tus dedos

que resbalan

de mis cejas a la angustia

que me inflama las venas

y me estruja los senos

Y tu cuerpo no me duele

Tus manos se convierten

en ungüento

Taller Literario Barrio Antiguo

Poemas

que anhelo en mi ombligo
y opido en mi ombligo
que anhelo en mi ombligo
y opido en mi ombligo

que anhelo en mi ombligo
y opido en mi ombligo
que anhelo en mi ombligo
y opido en mi ombligo

EN TUS OÍDOS

centro mis lamentos
tu hombro en mi boca
dices que cierre los ojos
derramas gotas de té en
mi ombligo
Tus labios consuelan mi vientre



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

educación
POFO LO VSO

Directorio

Dr. Luis Galán Wong

Rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León

M.C. José Hernández Cervantes

Director de la Preparatoria 16

Coordinación editorial

Ing. Concepción Martínez Ávila

Cuidado de la edición

Lic. Ricardo Martínez Cantú

Lic. Zacarías Jiménez

Difusión Cultural

Lic. Ernesto Castillo Ramírez

Ilustraciones

Valeria L. Valencia Gorostieta

(seis años de edad)

Abril de 2003